

52

Editorial

Julio 14/56 m

El Problema de las Drogas

LA creciente propagación del tráfico ilícito de drogas ha dado lugar a que en los círculos legislativos de los Estados Unidos se esté considerando la necesidad de aplicar la pena de muerte a los culpables de corromper la juventud con la venta de narcóticos. La medida es grave; pero revela la magnitud del problema de las drogas heroicas.

Hay diversas escuelas relacionadas con el tratamiento de los viciosos. Las tendencias más avanzadas se orientan a considerarlos como enfermos de un mal incurable, cuyo tratamiento no puede ser la persecución y la cárcel. Las medidas punitivas que se han adoptado en los últimos lustros, no han logrado arrancar a tales enfermos de las garras del vicio, un vicio que cuando echa raíces en el organismo humano resulta prácticamente imposible de extirpar en forma radical y definitiva.

Pero el problema no está en perseguir a los viciosos, sino en impedir que el uso de los narcóticos se extienda. Precisamente porque se trata de un mal que, al parecer, no tiene cura, constituye una necesidad social adoptar toda clase de medidas preventivas, para erradicar la semilla contagiosa de los cuerpos sociales, antes de que prenda en los seres débiles y propensos a su contagio.

Lo verdaderamente alarmante es que la juventud de hoy se muestre inclinada a sumergirse en el "refugio" de los narcóticos. Ello revela un profundo desequilibrio en la formación de las nuevas generaciones, desequilibrio que se remonta a la niñez y afecta a la tónica moral de la familia. Es allí,

en el recinto familiar, donde se echan los cimientos de la estructura ética del niño, sobre los cuales va a descansar luego, en la edad adulta, el peso de la propia vida. Cuando esos cimientos son sólidos, las tentaciones del vicio—sobre todo en su cuadro degenerativo—son repelidas por las mentes sanas.

Conviene, ciertamente, reforzar las medidas de persecución contra el tráfico ilícito de narcóticos y perseguir implacablemente a quienes practican ese comercio inmundado. Esa es una responsabilidad de los Estados, que tienen a su alcance los medios para combatir tales actividades. Pero el problema de la prevención concierne fundamentalmente a los padres, a la familia y a los círculos sociales. Los deberes de la educación son indeclinables en el seno del hogar, y los padres que dan rienda suelta a sus hijos desde la propia infancia, dejándolos al garete en medio de las acechanzas de la calle, porque eso es lo cómodo y es, además, lo que hace todo el mundo, no hacen otra cosa que ponerlos a merced de la corrupción que les sale al encuentro en cada esquina.

El problema de las drogas se ha ido agravando, porque la vida moderna, contrariamente a lo que piensan la mayoría de los padres de hoy, exige un temple moral cada vez más sólido. Vivimos en el torbellino de una civilización agitada y angustiosa, presa de la inseguridad y de la incertidumbre, y los seres angustiados son siempre víctimas propicias de los estupefacientes que, tras las promesas de paraísos artificiales, los arrastran a las mayores degradaciones.

M. Julio 14/56



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA